

Educar: entre añoranzas y anhelos

José Moisés Aguayo Álvarez

Doctor en Educación. Supervisor de Educación Primaria en la SEJ.
moyagualv@hotmail.com

*Para Susi, Rigo, Felipe, Christian e Iván.
Para todos los compañeros de trayecto que puedan
verse en este espejo de letras.*

Añorar, coloquialmente se usa casi de forma indiferenciada, en su sentido temporal, hacia el pretérito y hacia el futuro; no obstante, el cultismo aplicado a su significación convencional estriba en que aplica al pretérito, toda vez que añorar procede del catalán *enyorar*, que se aplica al recuerdo o la nostalgia, y en sus sinónimos se encuentran: evocar, rememorar, o acordarse... aunque también se usa como descriptor de “meditar”. En este texto, aplicaré el sentido puntual, a partir de la etimología; es decir, me centraré en el pretérito, y es que, en la reconfiguración del recuerdo a través de la narrativa, se reconstituye también el sentido de todo trayecto vital y profesional. Me explico:

Luego de 22 años de servicio en el sistema educativo, pero de 26 en la docencia, he visto pasar —como en un parpadeo— transiciones políticas, condicionantes culturales, transformaciones tecnológicas y valorales; y he vivido en carne propia, el furor y la desazón que nos provoca nuestra noble profesión: por un lado, nos apremian las tensiones propias de la realidad educativa que se pulsa en nuestras aulas y la emoción por atender con lealtad a la función de educar; por otro, los marasmos burocráticos, las condiciones normativas y la preceptiva de aplicación estratégica, según la propuesta de la gestión política en turno. Ante esto, a veces no resta sino añorar con dejos de melancolía, los tiempos de empujar por descubrir junto a los niños, por contarles historias, leer por episodios, hurgar entre la historia, desvelar los misterios de la naturaleza y aprender jugando.

Hoy que escribo estas líneas, recorro con la mente los espacios, los pasillos y las aulas de cada una de las escuelas que me oyeron hablar con vehemencia y con un afán genuino de entregar mis esfuerzos para emancipar alguna conciencia, por incentivar el gusto por las artes, la disciplina y la ciencia.

Hoy, mientras tecleo, me queda claro lo difícil de narrar sin romantizar la experiencia como formador, y es que los hallazgos, las trayectorias y las memorias asociadas a la vida del profesorado, embarcan hasta al más hosco, al reencontrarse (imaginaria o vívidamente) con aquellos que han pasado por sus aulas, al atisbar también en la remembranza del otro, un dejo de sepia con perfume.

Hoy que borroneo entre renglones, debo admitir, lector, que en mi pugna creativa he intentado no teñir con desesperanza estos párrafos y me ha salido un graznido acompasado, poco menos que agridulce. Se me ocurrió, hacer un breve anecdótico, casi catártico, de tres experiencias, de esas que hoy serían poco menos que imposibles, no solo por los cambios en el mundo, sino por este vericuetto de contradicciones, trabas e indefiniciones que se llama política educativa. De antemano me disculpo ante el lector, si la breve colección de vivencias le suena cursi o fantasiosa; prometo hacer un esfuerzo de honestidad descriptiva sin reparar demasiado en digresiones subjetivantes.

Susi

En ese tiempo, contaba ya doce años y el año anterior, en quinto grado, era una niña muy cumplida en sus trabajos escolares, pero algo pasaba en el nuevo curso. Su asistencia se había vuelto irregular y sus trabajos desorganizados, contrastaban con la pulcritud de los del ciclo previo. Se la podía ver mordiendo las uñas y eventualmente más callada. En una exposición por equipos, simplemente no pudo articular palabra durante su turno y decidió retirarse en silencio hasta su butaca. A los minutos, la llamé aparte y le pregunté si todo estaba bien con ella. Frente al barandal de una segunda planta me compartió que su madre había sido arrestada por un delito que no cometió, y que ella sentía mucha impotencia y vergüenza porque los medios hicieron

público el caso, sin dar a su madre el derecho de réplica. Susi, palabras más, palabras menos, me dijo que tenía semanas en que le pesaba estar a cargo de los quehaceres en casa, que le agobiaba todo, especialmente la mirada de los otros niños, de sus vecinos y de sus parientes, y que no podía dormir pensando en que su madre estaba en la cárcel: “me dan ganas de quedarme dormida todo el día”. Rompió en llanto y me abrazó. Recuerdo haberle dicho algo llano, simple y muy cliché: “Todo va a estar bien, ya lo verás. Ven siéntate conmigo. Hablemos un rato más”.

Se me hace un nudo en la garganta al recordar ese momento, y me llena de congoja, pensar lo difícil que sería, bajo las condiciones actuales: dejarse abrazar, salir del aula para atender una contingencia tan velada, asumir el riesgo de preguntar sobre la vida en casa... porque habría que pensar en los protocolos de actuación, en apegarse a la versión institucional sobre lo que son y lo que no son los derechos de niñas, niños y adolescentes, la bitácora del aula, la bitácora de la dirección y todo esto que ha convertido a la práctica con sentido humano en una suerte de ministerio público o de entelequia sobre el interés supremo de los niños, de un estado que ha sabido poner de moda la expresión “revalorizar al magisterio”, pero que no da pistas fehacientes de su concreción, si es que es posible.

Rigo

Salimos del rancho a las 4:30 de la mañana, caminando hasta el cruce en donde nos recogerían a las 6:00 para subir desde Soyatán, a Talpa. A las 11:00 debíamos estar en Los Ocotes para la prueba de conocimientos. Rigo iba muy angustiado porque sentía como inmerecido representar a su escuela, el poco dominio que asumía había logrado sobre las asignaturas lo tenían muy nervioso y, conforme llegábamos a la sede, aducía dolor de estómago: “como que mejor me rajo, profe”. Quise contagiarle algo de serenidad, pero fue muy difícil. Rigo estaba ansioso. El certamen tuvo verificativo, evaluamos las pruebas y Rigo no quedó en la terna superior, por la puntuación obtenida. Por la tarde, repasé con él algunos reactivos y me di cuenta de que el nerviosismo

lo había bloqueado al elegir las respuestas correctas. “Para mí, si que ganaste”, le dije. Como el traslado de regreso era posible solo hasta el día siguiente, esa noche cenamos en una posada y estuvimos platicando acerca de todo lo que sabía Rigo sobre el chilte, la pesca de camarón de río y la agricultura. Los últimos cincuenta pesos que yo traía en la bolsa, los gasté en unos minutos de renta de un telescopio que habían puesto en la plaza de Talpa, frente a la iglesia. Esa noche, Rigo vio los cráteres de la luna y descubrió el casi imaginario, de tan lejano, el anillo de saturno. Al día siguiente, en el trayecto, hablamos de galaxias, nebulosas y agujeros negros.

Que lo que sabe un niño no se mide ni se debe de medir para compararlo con otros, que lo que sabe un niño le debe de dar perspectiva sobre el cosmos y sobre el mundo, es algo que parece muy lejano para figurar en un proyecto educativo nacional. Que las condicionantes de sus respuestas, en buena medida son las propias preguntas, que el estándar instruccional no es la vía para forjar personas con criterio ni personas con valores: hay jueces y magistrados que han pasado con honores por pesados filtros de dominio jurídico, pero algunos no podrían pasar por el filtro de la honestidad o el de la sencillez. Imagino que esa experiencia no hubiera sido posible hoy, sin su correspondiente cuota de burocracia, de categorización por el nivel de logro o su dosis preceptiva de la meritocracia.

Felipe, Iván y Christian

Los tres más altos de sexto grado, a dos de ellos ya les pintaba un poco el mostacho. Los tres, envueltos en una situación de juego que se les fue de las manos y terminaron agrediendo a un compañero. Los tres, que tuvieron que apechugar pasar las últimas dos semanas del ciclo escolar, fuera de la escuela, repasando por su cuenta una guía de estudio, para un examen final. Los tres, con intereses y potencial deportivo, pero sin proclividad a la autodisciplina. A los tres los cité un martes a las 8:00 horas, para “aplicar un examen”. De los tres, solo llegaron dos. Pedí la anuencia de la directora para visitar el domicilio de Iván, que vivía a dos cuadras de la escuela. Al llegar, saludé a su mamá

y ella me autorizó levantarlo de la cama: “a ver, dígame usted a ver si lo convence, profe... dice que de todos modos ya no va a estudiar”.

Ellos no lo sabían, pero el “examen” era llevarlos al CODE, recorrer el inmueble, hablar con algunos entrenadores, presentarles a algunos muchachos de su edad que vivían y estudiaban en las propias instalaciones y charlar en el trayecto de regreso. Eso lo pude fraguar con la disposición de mi autoridad inmediata, de los padres de los niños y no hubiera sido posible, sin la complicidad y el apoyo de Francisco, mi compañero en la maestría del CIPS, que nos conectó con CODE Jalisco.

Todo transcurrió conforme al plan: nos presentaron al entrenador de clavados, al de esgrima y entrevistamos al boxeador legendario José Becerra. Nos tomamos algunas fotos y los muchachos conocieron a jóvenes de su edad que se preparaban para los juegos panamericanos que serían en pocos días, en Brasil.

Los tres, luego de dos horas de recorrido, eran una mezcla de expectación, disonancia y asombro. El examen había concluido y lo habían pasado al manifestar su deseo de conocer más, de dialogar sobre otras formas de asumir su potencial, sobre el valor intrínseco de la disciplina.

En el contexto actual; el riesgo del trayecto (aún con la autorización parental), la tramitología, el diseño didáctico de la intervención y todo lo que podría contarse en una queja administrativa o en una denuncia anónima ante la autoridad educativa competente como un manejo inadecuado de la situación o como un proceder casi monstruoso, por lo heterodoxo, me hubieran paralizado y optaría por “cuidar mi chamba”, tal como lo hacen tantos y tantos funcionarios, pasajeros de una administración (o de varias) y a los que la sensibilidad propia del maestro no les va y no la pueden comprender en sus implicaciones prácticas y humanas, para no hablar de que en algo, les preocupa la educación.

La añoranza de esos intersticios en la práctica, a veces nos desconcentra del devenir y en el pero de los casos, nos obnubila con el desaliento ante lo que vendrá; sin embargo, no hay que perder la espe-

ranza de que pervive aún un magisterio que anhela (no añora) volcarse en el arco justo para sus alumnos que son saetas; que tenemos un magisterio de corazón joven que sabrá sobreponerse a las vicisitudes y que seguirá procurando la enseñanza más como un latido furtivo que como una pretensión meramente intelectual.

De colofón, sólo apuntaré que los cinco, más temprano o más tarde, con un poco más o un poco menos de ornamento, me alegraron con un: “gracias”.